



## Instauración de la figura social de lo femenino... ¿Para qué tanto histrionismo, protagonismo y vulgaridad?

\* Por Olga Armida Grijalva Otero

En la reciente conmemoración del Día Internacional de la Mujer, en varias ciudades del mundo salieron mujeres a manifestarse expresando una serie de problemáticas propias de su condición de mujer, en nuestro país hicieron lo propio.

En las calles de la Ciudad de México se realizaron marchas en las que escuchamos reclamos en términos de equidad y paridad de género; peticiones de ocupar puestos de dirección; empoderamiento económico; el derecho a frenar la violencia sexual, así como los feminicidios, y no resolver con moral los derechos de su cuerpo.

Al interior del Congreso de la Unión también se pronunciaron algunas legisladoras, aunque en términos más de protagonismo que de demandas sentidas, planteando trivialidades en términos del color de trapos, o quien utilizó –con infante en brazos– la máxima tribuna de nuestro país para reclamar derechos de la mujer usando un lenguaje soez y vulgar, como si estuviera en una cantina de mala muerte, interactuando con parroquianos ebrios, más que con el pueblo de México que le confirió el alto honor de ser una legisladora.

Ciertamente, las mujeres desde siempre hemos padecido el dominio social del hombre sobre nosotras; el valor diferencial de los sexos construyó la jerarquía de los mismos, dotando al masculino de valor superior al del femenino.

Por otra parte, las actividades que ancestralmente se ejercían: la guerra y la política, eran realizadas por los hombres. Con mitos y discursos evocaron por doquier la naturaleza inferior de las mujeres; la supremacía del sexo masculino sobre el femenino se implementó en todas partes.

*Las mujeres indeterminadas somos capaces de dominar el universo del trabajo profesional y el de <la empresa familia>. En esta lógica, tiene sentido hablar de una revolución democrática respecto a la construcción social de los géneros*

Posteriormente, ubicándonos concretamente en la Ilustración, se admiraron los efectos beneficiosos de la mujer sobre las costumbres, la cortesía, el arte de vivir, y se sacraliza a la esposa-madre-educadora. Aun cuando persisten numerosos agravios, se ve a la mujer cubierta de alabanzas y de honor.

Sin embargo, estas alabanzas no invalidaron la realidad de la jerarquía social de los sexos. Las decisiones importantes siguieron siendo cuestión de hombres; la mujer no desempeñó papel alguno en la política ni en la economía. Debía obediencia al marido y se le negó la independencia económica e intelectual.

A la par se le reconoció tener vara alta con los hijos, ejercer su imperio sobre los hombres importantes, dueña de los sueños masculinos; es decir, el bello sexo y hada del hogar.

Como podemos observar, en un primer

momento a la mujer se le mantuvo invisible y posteriormente se visibilizó con el bello sexo; en ambos casos diseñadas por el hombre y por lo tanto subordinadas a ellos. Sin embargo, con la llegada de la globalización y la posmodernidad se deja de lado la lógica de la dependencia respecto del hombre.

Hoy las mujeres nos preguntamos: ¿Qué estudios realizar?, ¿qué trayectoria profesional seguir?, ¿casarse o vivir en unión libre?, ¿divorciarse o no?, ¿trabajar tiempo parcial o tiempo completo?, ¿cómo conciliar la vida profesional y la matrimonial? La mujer ahora está ante una multiplicidad de elecciones.

Si bien es cierto que las mujeres no llevamos la rienda del poder económico ni del político, no cabe la menor duda que buena parte de las mujeres hemos adquirido el poder de gobernarnos a nosotras mismas sin vía

social preestablecida.

Es decir, hemos instaurado una nueva figura social de lo femenino que constituye una ruptura en la historia de las mujeres y expresa un trascendental avance democrático. Por primera vez el lugar de lo femenino ha dejado de estar preordenado y orquestado por el orden social.

Pese a la autodeterminación femenina, el polo doméstico sigue siendo una prioridad más marcada en la mujer que en el hombre; el polo profesional, una prioridad más masculina que femenina. Hoy como ayer, la mujer es más madre de lo que el hombre es padre.

Las mujeres que no hemos sido determinadas, demostramos que somos capaces de dominar dos universos, el del trabajo profesional y el de <la empresa familia>.

En esta lógica tiene sentido hablar de una revolución democrática en lo que concierne a la construcción social de los géneros. Es el advenimiento de la mujer sujeto que no significa eclipsar los códigos ancestrales de lo femenino. Las funciones y roles antiguos se perpetúan, combinándose de manera inédita con los roles modernos. El hombre sigue asociado prioritariamente a roles públicos e instrumentales, la mujer a roles privados, estéticos y afectivos, sin que haya ruptura radical con el pasado histórico.

Las mujeres indeterminadas hemos reconciliado a la mujer radicalmente nueva y a la mujer siempre repetida. Entonces, si podemos decidir por nosotras mismas lo que es prioritario en unos momentos o en otros de nuestras vidas, ¿para qué tanto histrionismo, tanto protagonismo, tanta vulgaridad?

\* Correo electrónico:  
olgagrijalva@hotmail.com

